

## MARÍA, MADRE DE LOS CREYENTES

Miércoles, 5 de diciembre

Queremos hoy, en esta meditación, contemplar a María como Madre de los creyentes, Madre de la Iglesia, como nuestra Madre. Con este título nos referimos a la maternidad espiritual de María. Dice san Agustín que María, corporalmente, es madre únicamente de Cristo; pero ciertamente es madre de sus miembros, que somos nosotros, porque cooperó con su caridad al nacimiento de los fieles en la Iglesia, que son los miembros de aquella Cabeza. El papa san Pablo VI, poco antes de terminar el Concilio, “proclamaba a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo de Dios con este gratísimo título”. Y el papa Francisco ha establecido, este mismo año, que la memoria de la bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia, sea inscrita en el Calendario Romano el lunes después de Pentecostés y sea celebrada cada año. Esta celebración, nos dice el papa, nos ayudará a recordar que el crecimiento de la vida cristiana debe fundamentarse en el misterio de la Cruz, en la ofrenda de Cristo en la Eucaristía y en la Virgen oferente, Madre del redentor y de los redimidos.

Esto significa que María nos ha concebido y nos ha dado a luz espiritualmente. Nos ha concebido, es decir, nos ha acogido dentro de sí, cuando fue descubriendo que su hijo no era como los demás, sino que “era el primogénito entre muchos hermanos” (Rm 8,29), y que a su alrededor se iba formando una comunidad. Durante aquellos años, cuando María escuchaba o se enteraba de lo que el hijo iba diciendo, “*Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados*” (Mt 11,28), comprendía que ella no podía echarse atrás, rechazando acoger como suyos a todos estos invitados del Hijo, sin dejar de ser madre espiritualmente. Este fue el momento de la concepción espiritual, del “sí” de su corazón. Ahora, al pie de la cruz, es el momento de los dolores del parto. En este momento, Jesús se dirige a su madre llamándola “Mujer”. Con la misma palabra se había dirigido a ella en las bodas de Caná. Las palabras que Jesús pronuncia desde lo alto de la cruz significan que la *maternidad* de su madre encuentre una “nueva” continuación *en la Iglesia y a través de la Iglesia*, simbolizada y representada por Juan.

María aparece aquí, una vez más, como la *mujer peregrina* en este mundo, aquella que no posee una casa propia ni un lugar para sí en todo el mundo, sino que se deja “conducir” por Dios. En el momento del nacimiento del Hijo, cuando la Palabra de Dios la ha puesto en una situación de total soledad frente a los hombres, Dios le pide a José que la acoja. Y, cuando despertó del sueño, José la tomó consigo. Ahora, en el momento de la muerte del Hijo, encontrándose de nuevo sola en el mundo, Dios le pide a Juan que la tome consigo, y Juan “*desde aquella hora la acogió en su casa*”. María es verdaderamente la mujer que no echa raíces, la mujer que, desde el principio al fin, deja que Dios sea quien decida sobre su vida.

Al pie de la cruz, María aparece ante nosotros como la mujer que, después del luto y de la pérdida de su hijo, recibe de Dios una nueva descendencia más numerosa que la anterior, no según la carne sino según el Espíritu. Con relación a su hijo Jesús, María es *madre y discípula*; con relación a la Iglesia, ella es *madre y maestra*, es decir, modelo y figura ejemplar. En la vida de María encontramos dos grandes actos de fe. María creyó cuando Dios le anunciaba a ella, una mujer virgen, el nacimiento de un hijo que sería el heredero de todas las promesas. Y, en segundo lugar, creyó cuando Dios le pedía que estuviera presente en la inmolación del Hijo que le había dado. Es entonces cuando María entra de verdad en las tinieblas de la fe. Dios parece desmentirse, parece olvidar sus promesas.

Y María, ¿cómo reaccionaba ante todo esto? El evangelio nos dice que María *guardaba todas estas cosas, meditándolas*. ¿Cuáles eran *estas cosas*? Eran gozos y dolores, esperanzas y angustias, luz y tiniebla. Ella las *meditaba*, es decir, las repasaba con Dios en su corazón. No se guardó nada para sí misma, no ocultó nada en la soledad ni lo ahogó en la amargura, sino que todo lo llevó a Dios. Así lo custodió. Confiando se custodia: no dejando que la vida caiga presa del miedo, del desconsuelo o de la superstición; no cerrándose o tratando de olvidar; sino haciendo de toda ocasión un diálogo con Dios. Y un Dios que se preocupa de nosotros, que viene a habitar nuestras vidas.

Al contemplar la escena evangélica de María a los pies de la cruz de su Hijo, somos invitados a imitar a Juan, tomando, desde este momento, a María con nosotros en nuestra vida. Juan, al tomarla consigo, la acoge en su casa y la acoge entre sus cosas más queridas. ¿Qué puede significar todo esto para nuestra vida? Significa tomar a María como compañera y consejera, sabiendo que ella conoce mejor que nosotros cuáles son los deseos de Dios respecto a cada uno de nosotros. Si se aprende a consultar y a escuchar en cualquier cosa a María, ella se convierte de verdad para nosotros en maestra en los caminos de Dios; maestra que enseña interiormente, sin el ruido de las palabras.

Antes que maestra fue la discípula más fiel, pues acogió la Palabra de Dios y la llevó a la práctica. Toda su vida estuvo animada por el amor y el espíritu de servicio. Estas actitudes siguen siendo modélicas para todos los cristianos. Por eso la Iglesia ha de volver constantemente a María para hacerse pobre y humilde como Ella y para traer al mundo a Jesús. Así la Iglesia es como María. La Iglesia está enviada a llevar a todos a Cristo y su evangelio; no se lleva a sí misma. La Iglesia lleva a Jesús y debe ser como María cuando fue a visitar a Isabel. ¿Qué le llevaba? A Jesús. Este es el centro de la Iglesia: ¡llevar a Jesús! Y cuando dejamos de llevar a Jesús, nos convertimos en una Iglesia muerta. La Iglesia debe llevar el amor de Jesús. ¿Y nosotros? ¿Qué amor llevamos a los demás? ¿El de Jesús, que comparte, perdona, acoge, acompaña, o bien es un amor aguado, es decir, un amor que se deja llevar por las simpatías y que busca la correspondencia? A Jesús no le gusta este amor interesado porque no es gratuito como el suyo.

Dios puso a prueba a María en el Calvario -como también puso a prueba a su pueblo en el desierto- para conocer lo que había en su corazón. Y en el corazón de María encontró un “sí” y un “amén” más fuerte que el día de la Anunciación. Ojalá en estos momentos pudiera encontrar también nuestro corazón dispuesto a decirle “sí” y “amén”. Estando “junto a la cruz de Jesús” es como si María continuase repitiendo en silencio con los hechos: ¡Aquí estoy, Señor, soy tuya para siempre! Humanamente hablando, María tendría todos los motivos para gritarle a Dios: “¡Me has engañado!” y escapar del Calvario. Pero, contrariamente a lo que cabría esperar, ella no escapó sino que permaneció “en pie”, en silencio. Y haciendo esto se convirtió, de una forma totalmente especial, en mártir de la fe y en testigo supremo de la confianza en Dios tras las huellas de su Hijo.

Las palabras siguientes del papa Francisco pueden servir de colofón a todo lo que hemos dicho:

“Cuando llegó la *hora* de Jesús, esto es, la hora de la pasión, la fe de María fue entonces la lamparilla encendida en la noche. María veló durante la noche del sábado santo. Su llama, pequeña pero clara, estuvo encendida hasta el alba de la resurrección; y cuando la llegó la noticia de que el sepulcro estaba vacío, su corazón quedó lleno de la alegría de la fe, la fe cristiana en la muerte y resurrección de Jesucristo. Porque la fe siempre nos lleva a la *alegría*, y ella es la *Madre de la alegría*. Que ella nos enseñe a caminar por este camino de la *alegría* y a vivir esta *alegría*”.